

El final del viaje

Javier Álvarez-Ossorio
Superior General

INFO SSCC Hermanos No 120 – 5 de enero 2018



Tomás Zapata.
Fallecido en
España después
de muchos años
de enfermedad.

Si entendemos la vida como un viaje, **el final de ese viaje es Dios**. Las cosas se comprenden desde el final. El camino se conoce al terminar. Si hablamos de "saborear a Dios en el viaje de la vida", nos referimos a algo que ahora solo conocemos en la esperanza.

Cada vez que celebramos la Eucaristía, fijamos nuestra mirada en ese horizonte final y repetimos el grito de la Esposa que aguarda: "¡Ven Señor Jesús!" En cada Eucaristía, anunciamos la muerte del Señor hasta que Él vuelva (1 Co 11,26).

En el Credo, afirmamos que creemos en la vida del mundo futuro. La Carta a los Hebreos nos recuerda que el creyente es huésped y peregrino en la tierra, y ansía una patria mejor, la del cielo (cf. Hb 11,13-16). Es más, "nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo" (Flp 3,20). La patria del cielo, a la que queremos llegar, es "la resurrección de entre los muertos" (Flp 3,11).

El encuentro es fruto de un doble movimiento: **el Señor viene** hacia nosotros, esperamos su regreso; y **nosotros vamos** hacia la patria del cielo. Ese encuentro será el final del viaje. "Todavía un día más, y terminarán nuestros males", escribía el **Buen Padre** a las hermanas de Le Mans (8/07/1828). "Aún un poco más de un día y... veréis a Dios".

El loco

Cuentan que anunciaron que el rey de aquel país iba a pasar por el pueblo. Todos los vecinos se sobresaltaron, entusiasmados con la noticia. Inmediatamente se pusieron a

preparar la llegada del rey. Se paralizaron las tareas habituales. Limpiaron las calles, adornaron las plazas, colocaron flores y guirnaldas en los balcones, y se vistieron de fiesta. Todo estaba listo para el día y la hora señalados... pero el rey no llegó. Pensaron que se habría retrasado por algún motivo, y esperaron un día más. Dos días. Una semana... El rey no llegaba. Poco a poco, todos fueron regresando a sus ocupaciones. Con el paso del tiempo, olvidaron la decepción, y no se volvió a hablar del asunto.

Solo uno de los vecinos siguió comportándose **como si el rey estuviera a punto de llegar**. Su casa seguía luciendo flores y guirnaldas. Aparecía cada mañana con el traje de fiesta. Y acababa el día poniendo velas en las ventanas.

Los demás lo tenían por loco. Unos se reían de él. Otros se exasperaban. "¡Vuelve a trabajar como todo el mundo!", le decían. "Ya trabajo", respondía él. "¿En qué trabajas?". "Vigilo el horizonte..."

Los niños preguntaban: "¿por qué vive ese señor de una manera tan rara?" Los mayores se veían obligados a repetir la historia del rey que iba a venir pero que no llegó. Y el loco añadía: "¿y si llegara hoy o mañana...?"

Los religiosos

El cristiano es ese loco. Vive en este mundo, pero sabe que el Señor está llegando. La vida religiosa tiene como vocación precisamente exagerar esa actitud de expectativa. El religioso exagera tanto, que resulta un personaje extraño. Por los votos que profesamos, no vivimos como todo el mundo. Es como si tuviéramos la osadía de vivir ya como será después. Castidad porque "cuando resuciten, ni los hombres se casarán ni las mujeres tomarán esposo..." (Mt 22,30); pobreza porque "vuestro Padre celestial los alimenta" (Mt 6,26); obediencia porque "no se haga como yo quiero, sino como quieres tú" (Mt 26,39).

Nuestra vida es una especie de "**exageración escatológica**" que apunta hacia el deseo último de Jesús: que venga el Reino de Dios. Cuando dejamos de exagerar y nos hacemos como todo el mundo, nos volvemos quizás más sensatos y prácticos, pero ya no somos el loco del cuento que recuerda (a sí mismo y a los demás) lo que está por venir.

Consecuencias de la esperanza

Si miramos el viaje de la vida desde la perspectiva de su final, recorreremos el camino de manera diferente. "El hecho de que este futuro exista cambia el presente; el presente está marcado por la realidad futura, y así las realidades futuras repercuten en las presentes y las presentes en las futuras", dice **Benedicto XVI** en *Spe Salvi* (nº 7). Es lo que el lenguaje religioso tradicional daba a entender con la expresión latina "**sub specie eternitatis**": mirar el presente desde la perspectiva de la eternidad.

En la introducción del libro de las cartas de **Damián**, recientemente publicado, David Reid nos recuerda que "Damián nunca dejó de mirar al mundo *sub specie eternitatis*, es decir, considerando el presente en función de la vida futura". Gracias a eso, Damián pudo afrontar la difícil decisión de dejar su tierra natal y su familia, en un viaje sin retorno, y pudo orientar su pastoral en Molokai como una invitación a la alegría eterna.

Para nosotros, en este tiempo de discernimiento que es la preparación del Capítulo General, la esperanza que nos da la fe en el retorno de Jesucristo puede iluminarnos, al menos, en cuatro direcciones.

1. **Llamada a la libertad.**

El que no teme la muerte, no es esclavo de nada. Nosotros no tenemos hijos que proteger ni negocio que conservar. Estamos bien equipados para **arriesgar**. Nuestras prioridades no son asegurar nuestra salud, prolongar nuestra vida, añadir prestigio a nuestras personas, o mantenernos en un entorno gratificante. Todo eso es nada en comparación con el "final del viaje". A todo eso, podemos renunciar.

2. **Azucar el deseo.**

"¡Oh día eterno, día deseado, te espero con anhelo e impaciencia, ya dentro de poco el amor soltará el velo, y tú te volverás mi salvación!", exclama santa **Faustina Kowalska** refiriéndose a su muerte y al encuentro con Jesús, cuando "el alma conocerá a Dios en su poder, y se sumergirá entera en su amor, y conocerá que han pasado las miserias del destierro" (*Diario*, 1230). El deseo del **encuentro definitivo con Dios** redimensiona los otros deseos que consumen nuestras energías, y los unifica por dentro, poniéndolos en su lugar justo.

3. **Aceptar lo imperfecto.**

La plenitud del amor y de la alegría no son de este mundo. Muchas rupturas y faltas de amor se producen por la frustración de no encontrar en los demás las expectativas que uno deseaba. Pero para amar de verdad (porque de eso se trata en la vida), hay que **saber desilusionarse del otro**, para no esperar de esa persona lo que solo es propio del amor de Dios (cf. *Amoris Laetitia* 320). Si reconozco que el final del viaje es la inmensidad del amor de Dios, podré aceptar con alegría y bondad de corazón al compañero imperfecto que Dios ha puesto en mi camino. Y podré aceptarme yo mismo, en mis contradicciones y miserias.

Igual ocurre en la relación con Jesús, que inevitablemente viviremos siempre en la oscuridad de la fe y en las tinieblas de nuestro pecado. Como decía **Carlos de Foucauld**, "el amor que Jesús nos tiene, nos lo ha probado suficientemente como para que creamos en él sin sentirlo: sentir que le amamos y que nos ama, sería el cielo; pero el cielo no es, salvo raros momentos y raras excepciones, para aquí abajo" (carta del 15/07/1916).

4. Servir sin calcular beneficios.

¿Con qué nos "pagarán" los servicios que hacemos? Es normal que, a la hora de planificar nuestras acciones, preveamos en cierta manera sus consecuencias en función de los objetivos que buscamos. Esos objetivos pueden reportarnos "beneficios", ya sean de orden personal (sentirme útil y reconocido, desarrollar mis capacidades...) o institucional (ingresos para la comunidad, atraer vocaciones, consolidar la viabilidad de una obra...).

En el Evangelio, hay una bienaventuranza que envía todos los posibles beneficios al más allá. Se trata de la escena en que Jesús, habiendo sido invitado a comer por un fariseo importante, le dice que, cuando dé un banquete, no invite a sus amigos, hermanos, parientes o vecinos ricos, sino a pobres, lisiados, cojos y ciegos. "Serás bienaventurado, porque no pueden pagarte; **te pagarán en la resurrección de los justos**" (Lc 14,14). El consejo de Jesús parece un disparate semejante al comportamiento del loco que esperaba la llegada del rey. ¿Quién hace una cosa así? Solo desde la perspectiva de la resurrección, se puede comprender que entreguemos nuestras fuerzas y nuestro amor a quienes no pueden satisfacer ninguno de nuestros intereses.

Estas iluminaciones de la esperanza deben orientar **nuestros discernimientos**. A la hora de decidir, consideremos el final. ¿Cómo se verá desde la resurrección lo que ahora nos disponemos a hacer? Confiemos en las locuras y exageraciones que el Espíritu pueda suscitar entre nosotros.

El camino cierto es el del amor, porque ahí es donde se saborea a Dios. **El amor** no pasa nunca (1 Co 13,8); permanece en la eternidad. Un amor exigente y doloroso, como el de los Sagrados Corazones. "El 'sí' al amor es fuente de sufrimiento, porque el amor exige siempre nuevas renunciaciones de mi yo, en las cuales me dejo modelar y herir" (*Spe Salvi* 38). Por eso, no es de extrañar que los frutos de un verdadero discernimiento puedan asustarnos. "Es el Evangelio lo que me asusta (San Agustín, *Sermo* 339,4), ese temor saludable que nos impide vivir para nosotros mismos y que nos impulsa a transmitir nuestra común esperanza" (*Spe Salvi* 29).

